

Sociológica, año 19, número 56, septiembre-diciembre de 2004, pp. 165-195
Fecha de recepción 30/09/03, fecha de aceptación 10/03/04

La ciencia política estadounidense y la ideología de la modernización

*Godofredo Vidal de la Rosa**

RESUMEN

Desarrollo político, cultura política y democratización son conceptos centrales en las teorías de la modernización política elaboradas por la sociología y la ciencia política estadounidenses en la segunda mitad del siglo xx. Este ensayo aborda la dualidad de estos términos como construcciones teóricas de las ciencias sociales y como elementos ideológicos que configuran un sentido de misión y destino de los Estados Unidos. El *telos* de las teorías de la modernización elaboradas por la ciencia política estadounidense se ha ajustado a los valores y prejuicios de lo que se ha denominado “el consenso liberal” entre la academia y los intereses de ese Estado.

PALABRAS CLAVE: teoría de la modernización política, desarrollo político, transición democrática, liberalismo, ciencia política y política exterior.

ABSTRACT

Political development and culture and democratization are concepts central to the theories of political modernization developed by U.S. sociology and political science in the second half of the twentieth century. This essay deals with the duality of these terms as theoretical constructions of the social sciences and as ideological elements that make up a feeling of mission and destiny in the United States. The *telos* of the theories of modernization developed by U.S. political science has been adjusted to the values and prejudices of what has been called “the liberal consensus” between academia and the interests of the state.

KEY WORDS: theory of political modernization; political development; democratic transition; liberalism; political science; foreign policy

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, av. San Pablo núm. 180, col. Reynosa Tamaulipas, 02200, México D. F.



INTRODUCCIÓN*

AL TERMINAR LA Segunda Guerra Mundial y en las dos décadas subsecuentes, la ciencia política estadounidense debió confrontar una serie de problemas inéditos desde el punto de vista conceptual y político. Estos nuevos problemas emergían de la aparición en la escena mundial de países que no podían ser conceptualizados en los términos tradicionales de la política europea y estadounidense. Desde el punto de vista de la disciplina de la ciencia política, los regímenes socialistas, por un lado, y los emergentes sistemas de las naciones “atrasadas”, por el otro, eran dos tipos de fenómenos que requerían un marco conceptual específico. La ciencia política estadounidense se había consolidado entre las ciencias sociales sobre el paradigma de la política pluralista, ajustada a los regímenes liberales y democráticos (Vidal, 2003). Los sistemas socialistas, y sobre todo los sistemas políticos en vías de desarrollo o modernización en África, Asia y América Latina, planteaban sus propios problemas.¹ Las realidades globales que emergían de las cenizas de los imperios coloniales no eran fácilmente asimilables a una descripción de la política pluralista ni se acomodaban a las imágenes de las democracias liberales de Europa Occidental y América del Norte.²

* El autor agradece los útiles comentarios de los dictaminadores anónimos.

¹ Sobre los avatares de la “sovietología” puede verse el texto de Gabriel Almond (1988).

² Robert Packenham ofrece una viñeta de la nueva situación mundial en las áreas subdesarrolladas del mundo en la década de los años sesenta: “Muchos países subdesarrollados (la mitad en 1960, y menos de la mitad después de 1960) se volvieron independientes antes de 1945. A finales de 1960 había 75 países subdesarrollados y 31 países desarrollados. Veintiún países desarrollados (38%) eran democráticos. La proporción de países democráticos sobre los no democráticos no

En este ensayo abordo, en su primera parte, el desarrollo de un cierto tipo de enfoques sobre la modernización política en este vasto conjunto de países. Enfatizo el camino establecido por la tradición “evolucionista” de la ciencia política de la modernización, la cual puede identificarse por tres rasgos. El primero es su coincidencia, más o menos abierta, con los objetivos mundiales de la política exterior de los Estados Unidos; en segundo lugar, que sus representantes fueran y sean todavía los pilares y fundadores de la subdisciplina de los estudios de la modernización política en el Tercer Mundo, que se estableció con el nombre de “estudios de área”, y otras veces con el membrete más prestigioso de “política comparada”. Una tercera característica, menos general, es que casi todos estos planteamientos iniciales de la modernización se acogieron a la retórica de los conceptos y visión de la sociología establecida por Talcott Parsons. En su momento, la visión *parsoniana* amparó un enfoque evolucionista de la modernización, más o menos lineal, que identificaba las metas de la modernización con la “occidentalización”, y decididamente, la “americanización” de las sociedades (Parsons, 1964).

Así que en este ensayo examino ese conjunto de características de una tradición particular, dominante, de la ciencia social estadounidense.³ Las teorías de la modernización que analizo surgen de un dilema práctico e inmediato tanto para la institución académica de la sociología y la ciencia política como para los encargados de conducir la política exterior de los Estados Unidos al término de la Segunda Guerra Mundial. La diversidad de regímenes políticos de cada región, y las particularidades de cada país asiático, africano o latinoamericano, representaban un reto para la construcción de una teoría o un enfoque general de la modernización. A pesar de ello, se fue definiendo un

parece crecer entre 1945 y 1967. Más de 15% de los países subdesarrollados tenía un sistema político democrático en 1945. La proporción creció hasta aproximadamente 25% entre 1950 y 1955, pero cayó en 1960 hasta el 16% o el 19%, dependiendo de quién hiciera la medición, y está cascada continuó hasta el 13% o 17% a principios de 1967” (Packenham, 1973: 11).

³ Pero deja fuera otro conjunto de teorías concernientes al problema de la modernización producidas por científicos sociales orientados al enfoque histórico. Autores como Reinhard Bendix, Samuel Eisenstadt, Barrington Moore, Charles Tilly e Immanuel Wallerstein produjeron modelos teóricos poderosos, antagónicos al evolucionismo *parsoniano*, y que a final de cuentas sobrevivieron al paradigma estructural funcionalista. Sus trabajos también fundaron escuelas y tradiciones académicas importantes en los Estados Unidos y el resto del mundo, aunque es difícil saber si tuvieron algún legado en los discursos académicos sobre la modernización en el Tercer Mundo (consúltese Skocpol, 1984).

⁴ El documento referido, publicado en 1961, se titula: “Instability at the Non Strategic Level of

canon particular e inconfundible, pero éste no fue un producto estrictamente intelectual, valga decir, teórico y académico. La característica de estas teorías es que nacieron entreveradas con imperativos y exigencias de la política exterior de los Estados Unidos en la posguerra. Este aspecto es decisivo en la elaboración conceptual del paradigma de la modernización política en la ciencia política estadounidense.

En este sentido, el vínculo entre la academia y el gobierno fue un factor determinante en la formación del consenso básico entre politólogos, funcionarios civiles y militares. Este acercamiento fue posible por la percepción de la legitimidad de las metas estadounidenses en el mundo, por parte de un sector de la comunidad de los científicos sociales y los politólogos.

La caracterización de los procesos políticos en las sociedades atrasadas resistía a las categorías establecidas por la ciencia política liberal, pluralista y positivista. En general, ni las clasificaciones preexistentes en la ciencia política estadounidense, como la división de poderes, el sistema de partidos, la ciudadanía, la representación política, ni tampoco las características más generales de la modernidad occidental, como la aparición de la urbanización, la industrialización y la secularización de la vida social, junto a la creciente pauta de racionalidad institucional o burocrática de los asuntos públicos, tenían claros referentes empíricos en los países ex coloniales de Asia y África o en las repúblicas latinoamericanas.

Más importante aún, la política en el “tercer” mundo ofrecía dos grandes retos. El primero fue que el proceso de modernización era más complejo y conflictivo de lo que proponían las categorías de la política liberal. Y el segundo, que tales conflictos y fricciones eran vistos como un campo de oportunidades para la expansión de la revolución, la inestabilidad y el comunismo. Tal situación requería más un estado social presente que una teoría de la modernización como un proceso.

Los enfoques de la modernización política articularon conceptos como desarrollo político, construcción nacional (*nation building*), decadencia política (*political decay*), cultura política y, tardíamente, democratización política. Estos términos han ido formando la columna vertebral de los enfoques de la modernización. En esta línea, más que una teoría unificada, constituyen enfoques parciales generalmente yuxtapuestos, desarrollados para responder a situaciones cambiantes, aglutinados por representaciones o imágenes de la modernidad

política estadounidense. Es así como las teorías de la modernización surgieron como una representación más o menos articulada, pero pragmática, de los medios para alcanzar esa imagen. A la vez son construcciones teóricas elaboradas en el marco de la ciencia social profesional estadounidense de la segunda mitad del siglo xx, pero también son visiones sesgadas o ideologías de los científicos políticos sobre los fines de la modernización, aderezadas por un sentido de amenaza urgente proveniente del cambio social y político radical o revolucionario.

La distinción entre sociedades tradicionales y modernas, si bien es imprecisa, abrió la posibilidad de producir un enfoque pragmático del cambio político en los países atrasados y no “occidentales”. La ciencia social y política estadounidense innovaría en varios aspectos con respecto a los enfoques teóricos producidos por la ciencia social europea del siglo xix y principios del xx (Wagner, 2001; Judd, 2001). Para empezar, la tradición europea había dado una atención mínima al problema de la modernización fuera de sus fronteras y experiencias. La experiencia imperial de los Estados europeos no se había reflejado en la necesidad de un enfoque con aspiraciones de una teoría científica acerca de la modernización global. Así que la ciencia social y política estadounidense tomó elementos clave de un conjunto tan heterogéneo de autores clásicos como Marx, Spencer, Tönnies, Weber, Durkheim, entre muchos otros, para integrarlos en una visión globalizadora, pero más que nada, en *una misión* teórica y política. La modernización en los países de la periferia mundial como objeto de investigación y objeto de transformación daría a las teorías de la modernización política estadounidense una característica sin precedente en el ámbito de las ciencias sociales.

La dicotomía *tradicional-moderno* fue la base de la sociología y de la ciencia política de la modernización. Lo que interesaba era la construcción de teorías o modelos de la modernización política, sobre todo porque desde un principio se reconocía que la modernización como proceso general y hasta cierto sentido inevitable, enraizado en tendencias evolutivas universales, contenía tensiones profundas. La tarea de la ciencia política era elaborar un diagnóstico general y una teoría capaz de ofrecer guías para la acción. La modernización del Tercer Mundo apareció como la gran tarea de la ciencia política de los Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial, tarea que se mantendría vigente durante toda la Guerra Fría y aun en los años posteriores.

En lo que sigue de este ensayo analizaré la construcción de los elementos básicos de las que pueden llamarse las teorías estadounidenses de la modernización política. Son teorías derivadas de tradiciones sociológicas de la ciencia política, pero antes que nada son enfoques estimulados por la urgencia de guiar la acción política. En este rasgo coinciden las teorías de la modernización revisadas y las primeras generaciones de estudios sobre la transición democrática. Su público son las elites modernizadoras, y en especial las elites estadounidenses (Whitehead, 1998). Ambas clases de investigaciones comparten la urgencia práctica, y ambas siguen, no anteceden, a la dirección a donde apunta la política exterior de Estados Unidos.

Las categorías del desarrollo político, la cultura política y la democratización son los ejes alrededor de los cuales se articulan estas teorías de alcance medio. Afrontan problemas más o menos delimitados y de interés práctico de la política mundial. Son teorías particulares unificadas, sin embargo, por una visión política compartida del mundo, o ideología política, que surge y se desarrolla en el “consenso liberal” (Packenham, 1973). Este consenso sustenta los vínculos entre academia y gobierno que se tejieron en diversos momentos del desarrollo paralelo de la ciencia social y política estadounidense (que algunas veces desembocaron en escándalos que pondrían a debate la cuestión de la ética profesional de la ciencia social en los Estados Unidos [Simpson, 1998; Horowitz, 1971, 1980]). El “consenso liberal”, al decir de Robert Packenham, se refiere a la legitimidad de los fines de la modernización y a la legitimidad de los fines de la política exterior en ese proceso. La visión evolucionista implícita no es la de un determinismo puro. Las rutas no occidentales, o no liberales, fueron claramente entendidas como rutas perversas de la modernización. Así que la misión de los Estados Unidos, su ciencia social y su política exterior coincidieron fácilmente en una misión autocontemplada como civilizadora en vez de imperialista.

LA PRIMERA TRANSICIÓN: EL MODELO BÁSICO DE LA MODERNIZACIÓN POLÍTICA

Un primer problema que surge en la construcción de una teoría de la modernización política es que debe abarcar una enorme variedad de situaciones políticas, con regímenes y formas de organización po-

lítica con diferentes trayectorias históricas, constricciones geopolíticas, tradiciones culturales. Sin embargo, ello no representó un obstáculo insuperable. La modernización fue concebida como un proceso universal asociado inicialmente con el desarrollo económico. El modelo básico de esta asociación entre despegue económico y modernización política debe su formulación inicial sobre todo a Walt W. Rostow. Este autor representa arquetípicamente al académico en posiciones de poder político, que podía maniobrar con agilidad en el mundo de la alta política como asesor de los presidentes Kennedy y Johnson. En su libro titulado *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto* (1960) Rostow argumentó a favor de un modelo evolutivo, que iniciándose en la sociedad tradicional concluía en una sociedad desarrollada y moderna parecida a la de Estados Unidos. También impulsó firmemente la idea de que Estados Unidos debería jugar un papel activo en la promoción de la modernización como una respuesta directa a la amenaza del comunismo mundial. Desde ese entonces, el vínculo entre modernización y anticomunismo sería durante las siguientes dos décadas un ancla para los intelectuales del desarrollo y la modernización.

Simultáneamente, los politólogos encontrarían una guía intelectualmente sofisticada en la “gran teoría” de Parsons, sociólogo de la Universidad de Harvard. Las ideas de este pensador sobre los procesos de evolución social, y su afirmación de la existencia de pautas universales de diferenciación de las estructuras y funciones sociales de la modernización (Parsons, 1964; Wagner, 2001), sirvieron para que politólogos como Gabriel Almond, Samuel Huntington, Lucien Pye, entre otros, formaran un vocabulario analítico común y un consenso ideológico que dominó la ciencia política estadounidense de la modernización política.

En este sentido, Gabriel Almond fue un importante promotor de la nueva subdisciplina de la “política comparada”. Bajo su autoridad se formó, a fines de los cincuenta y principio de los sesenta, el Comité para las Políticas Comparadas del Consejo de Investigaciones de las Ciencias Sociales (*Social Science Research Council*, SSRC). En la concepción de los miembros de este Comité: “El proceso del desarrollo político es una continua interacción entre los procesos de *diferenciación* estructural, los imperativos de la igualdad, y las *capacidades* integrativas, responsivas y adaptativas del sistema político” (subrayados originales, en Bill y Hardgrave, 1981: 69).

El énfasis en la creación de capacidades políticas estatales (*Nation building*) frente a las nuevas demandas sociales derivadas de la modernización serviría de base para una teoría tutelar del desarrollo político. La base del éxito de la respuesta política a la movilización de expectativas sociales dependería de la aparición, pero sobre todo, de la creación y promoción de nuevas elites modernizadoras, preferentemente aliadas de Estados Unidos.

LA CIENCIA POLÍTICA Y LA INTERVENCIÓN IMPERIAL

La construcción de un modelo básico o de un consenso modernizador en la ciencia política estadounidense ocurría no sólo en los claustros académicos, sino también en las oficinas de las agencias del Departamento de Defensa. Este vínculo es inocultable y no se entendería la proyección del modelo teórico sin el apoyo del gobierno civil y militar estadounidense (Horowitz, 1971; Simpson, 1998).

En este contexto, la modernización fue concebida en términos de la eventual resistencia política nativa, y de las oportunidades en la Guerra Fría para proyectar la influencia estadounidense. Autores como Walt Rostow, Lucien Pye y Samuel Huntington fueron muy activos en tareas de asesoría a los departamentos de Estado y de Defensa y decididos promotores de la contrainsurgencia en América Latina y el sudeste asiático. Por ejemplo, Samuel Huntington, trabajando para el Grupo de Estudios Especiales, del Instituto de Análisis para la Defensa, del Departamento respectivo, formuló las bases analíticas de las futuras políticas de intervención “no militar”, así como realizó el análisis de los conflictos “no estratégicos” relacionados con el Tercer Mundo. El planteamiento de Huntington es el siguiente:

La necesidad de la intervención militar directa por parte de las fuerzas militares de los Estados Unidos se incrementa conforme la probabilidad de la victoria de los grupos aliados a los Estados Unidos disminuye. Dado que muchos de esos grupos aliados con los Estados Unidos son los mismos que reprimen el cambio social, Estados Unidos ha sido confrontado con un dilema particularmente severo si deseamos minimizar las oportunidades de ocurrencia de largas guerras civiles y revoluciones. La solución es la intervención preventiva estadounidense. Lo que se requiere es una estrategia de interven-

ción premilitar, y una acción positiva para delinear el curso de la política y reforzar a los grupos comprometidos con nosotros, reforzar la estabilidad antes de que se deteriore al nivel que requiera de la intervención militar (citado por Gendzier, 1985: 43).⁴

Lucien Pye también fue un entusiasta promotor de la contrainsurgencia en el sudeste asiático, y promotor del militarismo modernizador en Indonesia, Tailandia y Burma. Grupos de trabajo en los que participaron destacados científicos sociales como Harry Eckstein, Clifford Geertz, Ithiel de Sola y Klaus Knorr, cobijados en el Departamento de Ciencia Política del Massachusetts Institute of Technology (MIT), con patrocinio del Pentágono, elaboraron las ideas centrales en la conducción de la política de contrainsurgencia y promoción de regímenes militares aliados a los Estados Unidos en el mundo (Simpson, 1998).

Este estudio es interesante porque avanza la idea de la necesidad de una intervención de los militares del Tercer Mundo en la política. El interés era que los militares politizados debían aliarse con la intelectualidad y los grupos profesionales, a fin de conducir el desarrollo por las peligrosas aguas de la modernización (Gendzier, 1998: 95 y ss). *Winning the Cold War*, como se tituló el documento elaborado en el MIT, resaltaba las ventajas, en términos de capacidad de manipulación y coerción política, de la politización de los militares en el Tercer Mundo, así como del cultivo de una alianza con la “inteligencia secular” de los abogados, ingenieros, economistas, agrónomos y administradores, bajo la premisa de que los militares tienen “el poder coercitivo necesario para mantener la estabilidad y la inteligencia secular el conocimiento para realizar los cambios” (Gendzier: 1985: 65).

En un libro publicado dos años después, titulado *The New Emerging Nations* (1962) elaborado a partir del reporte de MIT, Lucien Pye introdujo el concepto de *guerra interna*. Harry Eckstein lo desarrollaría como su contribución más particular a la doctrina de la seguridad nacional de los Estados Unidos (Eckstein, 1972a). El razonamiento era que la política en los países emergentes podía ser analizada como una arena militar entre dos jugadores, el régimen y

Conflicto” y fue preparado para el Proyecto Vulcano y el Special Study Group del Institute of Defense Analysis, del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

⁵ Los vínculos entre programas de investigación de la sociología y la ciencia política, así como el

la oposición, luchando ambos por los corazones y las mentes de las elites y las masas. Este modo de pensar, que Anatol Rapoport llamó *neoclausewitziano*, en referencia a las ideas del teórico militar del siglo XVIII, Carl von Clausewitz (Rapoport, 1968), caracterizó la militarización de la política de la modernización, típica de esos años en la ciencia política de los Estados Unidos (Horowitz, 1972: 327 y ss). Por ejemplo, Lucien Pye en *Aspects of Development* (1966) veía en los militares “la organización pública más modernizada en los países subdesarrollados”, contrastando con las inseguridades de los líderes civiles. Por ello, Estados Unidos debía cultivar relaciones preferenciales con las fuerzas armadas (citado por Gendzier, 1985: 78).⁵

EL DESARROLLO POLÍTICO

Samuel Huntington estableció, en 1965, una primera diferenciación entre los conceptos de la modernización y del desarrollo político. La identificación del desarrollo con la modernización, según Huntington, limitaba drásticamente la aplicabilidad del primero (Bill y Hardgrave, 1981: 67). Huntington escribía que:

Así como la modernización política implica la extensión de la conciencia política en los nuevos grupos, el desarrollo político implica la creación de instituciones políticas adaptables, complejas, autónomas y coherentes que absorban y ordenen la participación de estos grupos y promuevan el cambio económico y social en la sociedad (Huntington, 1968: 266).

Como advertía el politólogo Karl Deutsch, la ascendente participación política podría muy bien generar una “revolución de frustraciones crecientes” (Bill y Hardgrave, 1981: 76). El asunto central partió del reconocimiento de Huntington, en una formulación clásica-

financiamiento proveniente de las agencias gubernamentales civiles y militares durante los sesenta han sido estudiados ampliamente y con detalle (véase Lambert, 2001; Merks, 2001; Simpson, 1998; Gendzier, 1985 y 1998; Horowitz, 1971; Cumming, 1997; Worcester, 2001). Las agencias gubernamentales apoyaron e impulsaron estudios que les resultaban útiles o al menos de su interés y algunos científicos sociales estuvieron dispuestos a satisfacer a sus clientes en el gobierno (Merks, 2001). Pero de ello no se deriva que todos los estudios de los procesos de modernización fueran inducidos por las agencias de inteligencia militar y civil de los Estados Unidos.

⁶ Bill y Hardgrave comentan (1981: 78, n. 115) que para Samuel Huntington el aspecto más

ca, quien estableció que: “La relación aparente entre pobreza y atraso, por una parte, y entre inestabilidad y violencia, por la otra, es espuria. Lo que produce desorden político no es la ausencia de modernidad, sino los esfuerzos por lograrla. Si los países pobres parecen inestables no es porque sean pobres, sino que es debido a que tratan de enriquecerse” (Huntington, 1968: 48). Huntington concluía que “el principal problema de la política es el rezago en las instituciones políticas detrás del cambio económico y social” (Huntington, 1968: 5). La modernización contenía fuerzas desestabilizadoras que bien podrían desembocar no en el progreso político, sino en la “decadencia política” (*political decay*). En un tono que definió muy claramente el ideario del liberalismo imperial, Samuel Huntington concluyó que, respecto a la modernización del entonces llamado Tercer Mundo: “El problema principal no es la libertad sino la creación de un orden político legítimo [...] Los hombres pueden, desde luego, tener orden sin libertad, pero no pueden tener libertad sin orden” (Huntington, 1968: 266).

En este tono no debe extrañar que Huntington continuamente enfatizara el papel central del liderazgo político, civil y militar, señalando que “deben existir fuertes tendencias para extender y profundizar el control del liderazgo, no sólo sobre la vida económica y política sino también sobre la vida social e intelectual” (R. Packenham, 1973: 229). Al respecto, Samuel Huntington (1968) argumentaba que la politización de los militares en el Tercer Mundo era consecuencia de la crisis de la política en el proceso de modernización. Los “regímenes pretorianos” eran el resultado precisamente “del declive del orden político, el debilitamiento de la autoridad, efectividad y legitimidad del gobierno” (Huntington, 1968: 194). Así como la estabilidad se volvió el valor político superior, la creciente institucionalización debía servir para crear un orden represivo, en el cual la expansión de la participación fuera limitada a las necesidades de la política modernizadora y, por tanto, de sus elites conductoras. La recomendación explícita derivada de esta concepción de la modernización política en los países atrasados incluía la aplicación de políticas destinadas a reforzar las divisiones en la sociedad, detener y regular el ingreso de nuevos grupos a la política, establecer limitaciones en la comunicación política, reducir la exposición a los medios de comunicación masiva y el acceso a la educación superior, y reducir también la competencia entre diferentes elites políticas, mini-

mizando la participación incontrolada de las masas. Estas prescripciones para las políticas estatales serían los instrumentos políticos del desarrollo político estabilizador (Bill y Hardgrave, 1981: 78).

Sin embargo, Huntington fue sorprendentemente vago en cuanto a su definición del término “institucionalización”; a veces parece referirse no a instituciones legales sino únicamente a las administrativas y de control de la movilización.⁶ En general, Huntington no ahondó en el problema de cómo las instituciones surgen y cómo se mantienen. El uso del término institucionalización se reduce a veces a la organización de los partidos, los sindicatos y las agrupaciones de los campesinos. Es decir, es sinónimo del control de las organizaciones políticas. El desarrollo político es identificado con “la institucionalización de la actividad de las organizaciones políticas” (R. Packenham, 1973: 229).

El énfasis en el control de la movilización política es característico de los teóricos del desarrollo político. En *Aspects of Political Development*, Lucien Pye arguye que:

Simplemente abrir la puerta a una siempre creciente participación popular en la política a los iletrados e inseguros puede fácilmente destruir cualquier posibilidad de un gobierno ordenado. En las áreas en desarrollo hay un genuino problema para establecer una administración efectiva; existe una necesidad de un gobierno fuerte si ha de avanzarse sobre objetivos definidos (Gendzier, 1985: 184).

Y ello se debe a la sencilla razón de que, como lo afirman Almond y Powell en su famoso manual *Comparative Politics*, de 1966, “la construcción del Estado y la economía son lógicamente previos a la participación política y la distribución material, dado que la distribución del poder y el bienestar son dependientes de que exista un poder y un bienestar que distribuir” (Gendzier, 1985: 188).

Los enfoques de la modernización que he examinado nunca tuvieron muchas dificultades para comprender la autonomía de la política y su influencia decisiva en la configuración del desarrollo económico y social. Eran teorías políticas no únicamente prescriptivas,

importante de la institucionalización es que los sistemas de control político estatal logren mantener su autonomía por medio de la socialización de los nuevos grupos politizados, de tal manera que estos acepten los patrones establecidos de la autoridad política.

⁷ Bill y Hardgrave comentan que estas ideas sobre la cultura cívica sirven como una justificación

sino que también asumían, con frecuencia y sin titubeos, el papel de ideologías y guías prácticas para la conducción de la política civil y militar exterior de Estados Unidos. Al estar tan asociadas en su origen y estructura argumentativa con los programas de las agencias militares y civiles dedicadas a promover los intereses de los Estados Unidos en el Tercer Mundo resulta natural preguntar qué tipo de relación se estableció entre académicos y funcionarios. La respuesta depende de la preferencia ideológica o del lugar en que uno se encuentre en esta trama. Parece razonable argumentar que más que una conspiración o un sometimiento de los politólogos a los intereses estatales surgió entre ellos un consenso sobre los fines de la modernización y la consecuente identificación con la misión del liberalismo estadounidense (Packenham, 1973: 298 y ss).

Las bases ideológicas de esa versión estadounidense del liberalismo, más cercana a la visión del excepcionalismo y la predestinación que de un claro compromiso con las libertades humanas, rara vez fueron cuestionadas. Irene Gendzier lo ha planteado en términos fáciles de entender cuando afirma que: “En la Guerra Fría los estudios académicos del desarrollo político sirvieron al Estado (Estados Unidos) con una doble capacidad: Proveyeron información y legitimación” (Gendzier, 1998: 87). Más precisamente:

Enraizadas en una interpretación revisionista de la democracia liberal, las teorías del desarrollo político compartían la misma perspectiva con respecto a la naturaleza de la política, los peligros de la sociedad de masas y la dependencia de la personalidad y la psicología, así como de la cultura, en sus interpretaciones y racionalizaciones del cambio político (Gendzier, 1985, p. 6).

Y continúa: “El origen de las interpretaciones conservadoras de la política del Tercer Mundo es, en efecto, más cercano a casa que a las sociedades del Tercer Mundo a las que se refieren” (Gendzier, 1998: 12).

LA CULTURA POLÍTICA

La categoría del desarrollo político abarcaba condiciones de cambio macropolítico y unidades de estudio estatales. La categoría de cultura política, en cambio, surgió para darle un fundamento microsocia l a los estudios de la política, aunque su unidad de análisis fuera, gene-

ralmente, la nación. Esta categoría permitió generar una escala psicológica comparativa del atraso y la modernidad.

El término *cultura política* fue introducido al lenguaje de la ciencia social por Gabriel Almond, en un artículo publicado en 1956, seguido por un libro, ahora considerado un clásico, elaborado en coautoría con Sydney Verba (1963). Aunque en este texto los autores no abordaban explícitamente el problema de la modernización, dejaban entrever un modelo evolutivo basado, en apariencia, en las tipologías de Max Weber, según las entendía el sociólogo Talcott Parsons, es decir, como un conjunto de significados y orientaciones de la acción en el cual el sistema político está inmerso. Estas orientaciones podrían ser afectivas, cognitivas y evaluativas. De ellas se pueden derivar tres tipos ideales de cultura política: la *parroquial*, la *súbdita* y la *cívica*. Aunque estas variedades existen en diversas mezclas en el mundo real, resulta tautológico mencionar que la modernidad se identificó con el predominio de los rasgos cívicos en las conductas sociales (Inkeles, 1974).

En esta versión, la cultura parroquial incluye orientaciones difusas e indiferentes hacia la política y se encuentra en sociedades primitivas, como los sistemas tribales africanos. La cultura súbdita corresponde a regímenes autoritarios, donde la gente observa los resultados de la política y apoya, o no, a los líderes, pero no participa activa y diferenciadamente en los procesos políticos. La cultura cívica es la más compleja e implica un amplio grado de participación ciudadana, pero debe quedar claro que no cualquier tipo de participación. La cultura cívica, como la identificaron Almond y Verba, implica la predisposición a la negociación y el ajuste mutuo de expectativas entre los ciudadanos y la autoridad, pero también implica la “moderación” de tales expectativas (Almond y Verba, 1963: 476). La apatía ciudadana fue racionalizada en términos de estabilidad democrática. La pasividad política de la ciudadanía se estableció como un rasgo positivo, deseable, para la estabilidad democrática.⁷ Sin embargo, en el enfoque de la cultura cívica propuesto por

ideológica para la apatía y la no participación en los sistemas democráticos (Bill y Hardgrave, 1981: 91).

⁸ Brian Barry comenta que: “Cuando se trata de explicar la cultura humana, los ‘valores’ y la ‘cultura’ merecen ser tratados por separado como factores causales. Esto es así aunque siempre tenga sentido preguntar cómo han llegado esos valores a adoptar la forma que tienen, aunque la respuesta implique con frecuencia referirse a los intereses de quienes se hallan en condiciones de influir sobre ellos” (Barry, 1974: 112). En otras palabras, la variable de la cultura política se

Almond y Verba no quedó claro si los valores cívicos debían ajustarse al régimen o éste a los valores.⁸

Aunque el texto de Almond y Verba no estaba dirigido explícitamente a servir como una guía en la nueva ciencia política de la modernización, los autores eran claros en que el vínculo entre cultura política y modernización se articulaba como la transición de la cultura súbdita y autoritaria hacia la cultura cívica y democrática (Almond y Verba, 1963: 27). La relación evidente entre modernización del Tercer Mundo y cultura política sería establecida firmemente por Lucien Pye y Sydney Verba en la introducción al libro *Political Culture and Political Development* (1965), en los siguientes términos:

La teoría de la cultura política... se había desarrollado en respuesta a la necesidad de cerrar el abismo creciente en el enfoque conductista de la ciencia política, entre el nivel del microanálisis basado en las interpretaciones psicológicas de la conducta individual y el nivel del macroanálisis basado en las variables comunes a la sociología política (Pye y Verba, 1965: 8-9).

Bajo estas premisas, el análisis de las culturas premodernas rara vez se desligó de los prejuicios ideológicos. En primer lugar, los análisis sobre la cultura política iban más allá del nivel nacional y estatal. En ocasiones, pero no con demasiada frecuencia, se hicieron trabajos sobre variaciones subculturales, como por ejemplo, regionales o asociadas a la estratificación de los diversos grupos o clases sociales (Packenham, 1973: 89).⁹

Más allá de las limitaciones metodológicas que impedían a la teoría de la cultura política trascender su enfoque psicológico (con frecuencia aderezado de terminología psicoanalítica), ésta reflejaba prejuicios y arrogancia. Por ejemplo, Lucien Pye explicó la resistencia de la población campesina de Burma a los programas de modernización

relaciona con la categoría del sistema político y no con la de dominación intra e intersistémica. Gabriel Almond se alejaba sutil pero decididamente del enfoque weberiano de la dominación, cuando reconocía sólo la primera parte de esa crítica al decir que hay una relación causal que va de las variables culturales al rendimiento (*performance*) de la estructura social y el sistema político (Almond, 1988).

⁹ Hasta la fecha, la unidad de análisis de los estudios de valores y cultura política sigue siendo los Estados nacionales, como puede observarse en los trabajos de Diamond (1993) o Ingelhart (1997).

¹⁰ La descalificación psicológica de la protesta política es parte de los argumentos de Gabriel

gubernamental como un síndrome psicológico atribuible a los profundos sentimientos de desconfianza: “Cuando las personas son transformadas de tradicionales a modernas, serán probablemente hipersensibles a la percepción muy profunda de ser cambiadas y manipuladas por otros, quienes siempre afirman que los están ayudando.” Pye diagnóstica a los burmeses como personas ansiosas y miedosas (citado por Gendzier, 1985: 171).¹⁰

Se puede decir que los estudios de cultura son normativos y ejercen un claro favoritismo por las imágenes de valores similares a los estadounidenses, descalificando la protesta social y la política. Es innegable, por otra parte, que la teoría de la cultura política impulsada en los sesenta por un puñado de científicos políticos estadounidenses se estableció firmemente. La cultura como sustrato de la sociedad y de la política ha sido, hasta la actualidad, la premisa persistente en la ciencia política estadounidense de la modernización, por lo que Harry Eckstein la ha bautizado como la “teoría culturalista de la política” (Eckstein, 1988). La generalización de esta teoría por Samuel Huntington en su libro *The Clash of Civilizations* (1996), con todo lo debatible e irritante que pueda resultar con su descalificación de la civilización musulmana, es un producto intelectual elaborado sobre una tradición agresiva y provinciana de análisis político consecuente consigo misma.

LA SEGUNDA TRANSICIÓN: LA DEMOCRATIZACIÓN

Si la primera gran transición de la que se encargó la ciencia política estadounidense fue la modernización, la segunda sería la democratización. Esta nueva ola de teorías es de hechura muy reciente. Todavía en 1968, Samuel Huntington argumentaba la improbabilidad de salidas democráticas al problema de la modernización (Almond, 1988:

Almond (*The Appeals of Communism*, 1954) para explicar que la afiliación a partidos de izquierda radical está asociada a una desviación política y personal. Los radicales de clase media son presentados “como aquellos que sufren bajo presiones para justificar sus expresiones de resentimiento en términos morales y que son susceptibles de enfrentar sus problemas a través de la acción directa como la expresión del resentimiento a través de las drogas y la promiscuidad sexual” (citado por Gendzier, 1985: 85).

¹¹ Para 1990, en cambio, Huntington ofrece una viñeta de la situación del cambio de regímenes en los países emergentes: “El movimiento hacia la democratización era global. En 15 años (1975-1990), la ola democrática cruzó el sur de Europa, se dirigió a América Latina y Asia y desmembró las dictaduras en el bloque soviético. En 1974, ocho de diez países sudamericanos

229). Sin embargo, a finales de la siguiente década se iniciaría lo que denominó como “la tercera ola de la democratización.”¹¹

Esta ola estaba inmersa en una serie de cambios globales de diferentes órdenes que contribuyeron a la crisis política y económica de los regímenes socialistas y autoritarios. Los llamados regímenes burocrático-autoritarios mostraban fracturas profundas en su capacidad de conducir sus políticas económicas, generalmente asociadas al activismo e intervención gubernamental en la actividad económica. Sin duda las presiones financieras agudizaron el deterioro de los regímenes autoritarios, pero quizá más decisiva que las presiones de la economía global fue la pérdida de capacidad de gestión frente a las demandas políticas internas la que precipitó la búsqueda de una transición o cambio de régimen político.

En sentido estricto no hay una teoría de la democratización, sino un modelo consensuado compuesto por varios niveles de análisis. Más que de una teoría se puede hablar de una agenda de democratización elaborada desde distintos ángulos, por diversos politólogos. Ello se debió a las dificultades para elaborar una teoría general a partir de procesos específicos. Por ello, se puede hablar de una agenda genérica de la transición del régimen autoritario al democrático.

El enfoque estadounidense de la democratización puede considerarse como una segunda generación de los estudios sobre la modernización política. Incluso, algunos de sus principales impulsores académicos son los mismos que elaboraron las agendas del desarrollo político. El enfoque de la democratización puede verse como una culminación de la agenda de la modernización política iniciada al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La democratización aparece como la culminación de la modernización, y ésta, con su carga de autoritarismo, como una fase previa a aquélla. Este vínculo con frecuencia es sólo implícito tanto en los substratos teóricos más generales, como en las teorías *parsonianas* (Parsons, 1964) y en las tipologías de Gabriel Almond. Más aún en los trabajos de Samuel Huntington no

tenían gobiernos no democráticos. En 1990 nueve tenían ya gobiernos elegidos democráticamente. En 1973, de acuerdo con Freedom House, 32% de la población mundial vivía en países libres; en 1976, como resultado del estado de emergencia en la India, menos del 20% de la población lo hacía. En 1990, en contraste, cerca de 39% de la población mundial vivía en sociedades libres” (Huntington, 1991: 25).

¹² El mal llamado evolucionismo de las teorías de Parsons encontró refutaciones formidables en los trabajos de sociólogos e historiadores en los mismos Estados Unidos (véase *supra*, nota 1), pero la cuestión enmarcada en el consenso liberal no es si el vínculo entre modernización y

encontramos una afirmación explícita sobre el paso del autoritarismo a la democracia liberal.¹² Entre los enfoques sobre la modernización iniciales y los de la democratización de las últimas dos décadas del siglo xx existen sin duda muchas diferencias. La primera y más evidente es el descrédito de los regímenes autoritarios a los ojos de la opinión pública, pero sobre todo de los administradores de la política exterior de Estados Unidos. Al final de las administraciones agotadas por la invasión a Vietnam, fue la crisis de legitimidad de las intervenciones “no estratégicas”, al decir de Samuel Huntington, de los estadounidenses en el Tercer Mundo uno de los factores, entre otros, que dio lugar a un replanteamiento de la relación entre los académicos y el *establishment* de inteligencia militar y civil del gobierno estadounidense (Packenham, 1973: 287 y ss.).

Existen notables diferencias entre los modelos del desarrollo político y los de la democratización política.¹³ En primer lugar, el enfoque de la democratización se ha centrado en las llamadas transiciones de regímenes autoritarios o comunistas a regímenes democráticos, pero en estos estudios hay pocas referencias a la construcción de instituciones políticas estatales, como las que abundaban en la teoría del desarrollo político. El interés en los estudios de las transiciones democráticas estuvo orientado hacia el corto plazo (Whitehead, 1996, 1998, 2001). El énfasis en el desarrollo desapareció para dar lugar a un interés por la gobernabilidad, percibida, con frecuencia, como la simple ausencia de conflicto más que como la perspectiva de construcción de capacidades institucionales en el régimen democrático. Tampoco se puso mucha atención al problema

democracia tiene un fundamento histórico sino *la creencia* de que éste existe (véase R. Packenham, 1973). Un grupo de autores resume esta creencia y sus consecuencias con las siguientes palabras: “La suposición básica de la teoría de la modernización era que las sociedades se embarcan en un proceso general, en el cual la democratización es la faceta final. De aquí, el desarrollo de la democracia deberá ser la consecuencia inexorable del desarrollo. Según esto, las dictaduras pueden generar desarrollo, y el desarrollo debe generar democracia [...] La prescripción política para este modo de pensar racionaliza el apoyo a las dictaduras, al menos a las que son ‘capaces’ de cambio”, esto es, las que son anticomunistas” (Przeworski, 2000: 3).

¹³ Una diferencia es la disminución del papel de las agencias gubernamentales en el financiamiento de los estudios de área. El apoyo gubernamental a la investigación social también ha disminuido en general (Worcester, 2001). El apoyo proveniente de fuentes privadas y gubernamentales como el National Endowment for Democracy (NED), a organismos no gubernamentales forma otra especie de fuente de financiación que no puede ser estudiada aquí, pero el lector interesado puede consultar el libro de Colin S. Cavell (2002).

¹⁴ Sin embargo, la demostración de un vínculo virtuoso entre la democracia política, y en general el régimen político, con el desarrollo económico es, contra lo que pudiera pensarse, elusiva

de las capacidades estatales para el manejo o, en el mejor de los casos, la inclusión de las demandas sociales, tan importante para la teoría del desarrollo político. Por último, las teorías de la transición desarrollaron modelos de negociación y pactos políticos teniendo en mente el éxito a corto plazo, y pocas veces ahondaron en una teoría de los pactos políticos y sociales a largo plazo o consolidados.

El modelo general de la democratización puede analizarse desde varias perspectivas. La primera es la de las condiciones geopolíticas en que ocurre un proceso específico de transición al régimen democrático (Whitehead, 1996), pero también hay un cambio respecto a la tolerancia de los regímenes autoritarios, especialmente los militares. Las agendas de apertura económica al capital global, que reaccionaban a la obsolescencia del Estado nacional planificado, y la democratización florecieron simultánea y “asociadamente” por todos lados. Este fenómeno, al que se llamó “el consenso de Washington” (Williamson, 1993), representó la simbiosis inicial entre neoliberalismo económico y democratización política.¹⁴

Algunos autores han sido sensibles a las restricciones geopolíticas y económicas de las transiciones en los países emergentes (Whitehead, 1996). Aunque la crisis de viabilidad de los regímenes autoritarios no sólo fue producto de los cambios en el ambiente externo, como la política exterior de los Estados Unidos o la globalización del sistema financiero, sino que también provino de cambios nacionales endógenos (Lipset, 1994; Huntington, 1991), las condiciones sociales, económicas y culturales que generalmente se mencionan son, de hecho, las mismas que se apuntan en las teorías de la modernización. Por ejemplo, en 1991 Huntington apuntó el requisito aparente de que existiera un nivel mínimo de ingresos *per capita* de tres mil dólares, asociado a la viabilidad de las transiciones democráticas en el Tercer Mundo (Huntington, 1991: 62-63). Por supuesto, estos argumentos tenían una larga trayectoria. Ya en 1959 Seymour Martin Lipset había elaborado una hipótesis sobre las condiciones sociales de la democracia (1959), señalando que esta sería

y fragmentada (véase Adam Przeworsky *et al.*, 2000). No obstante, la creencia de que un régimen democrático y el crecimiento económico van de la mano es, sin embargo, común entre los politólogos estadounidenses (el lector puede confirmar la existencia de la creencia común en autores como Robert Dahl, 1971; Gabriel Almond, 1991 y Mancur Olson, 1993).

¹⁵ Siguiendo el argumento de Linz y Stepan (1996) los problemas de la “consolidación” (v.gr., los estudios sobre presidencialismo y parlamentarismo, democracia asociativa y representativa,

más viable si se cumplían metas previas de desarrollo social y, especialmente, en la educación. La novedad en los noventa fue que más de la mitad de los países del mundo cumplieron con esa meta y, en principio, calificaban para la transición democrática.

Sin duda el aspecto más interesante de estas teorías fue que ofrecieron explicaciones pausadas de los procesos políticos que precipitan e inician la transición del régimen autoritario al democrático. El trabajo que originó este enfoque es el de Dankwart Rustow, quien introdujo en 1970 el modelo básico, que llamó “dinámico”, de las transiciones a la democracia (Rustow, 1970). Rustow se preguntaba sobre cuáles son las condiciones que hacen posible la democracia y cuáles las que la hacen prosperar, distinguiendo las etapas de iniciación y consolidación del nuevo régimen como procesos analítica y políticamente diferenciados. Rustow estableció así el modelo estándar de la transición, compuesto de cuatro etapas: iniciación o crisis del régimen autoritario, liberalización, alternancia electoral y consolidación.

Esta serie, aunque confusa (Whitehead, 1996), es la que han seguido la mayoría de los estudiosos de la democratización. Los tres primeros momentos, crisis, liberalización y alternancia, han recibido bastante atención y sobre ellos se ha construido el *corpus* de la literatura especializada. Por ejemplo, el trabajo de Samuel Huntington (1991) enfatiza las etapas de inicio y liberalización política que corresponden a la crisis de los regímenes autoritarios. El asunto central de este estudio es observar cómo se logran establecer los arreglos aceptables para los bandos en pugna en la transición, los reformistas y los miembros del antiguo régimen. Es decir, las transiciones son definidas como procesos negociados que culminan en convenios de *pactos políticos* entre las diversas fuerzas políticas existentes al momento de la transición, y no en controles institucionales de la actividad política (*accountability*) (Przeworski *et al.*, 1999).

Samuel Huntington elaboró unas “guías para reformadores” basadas en consideraciones pragmáticas sobre la manera de enfrentar cinco distintas agendas de la transición. Estas serían: 1) reformar los regímenes autoritarios; 2) derrocar a los regímenes autoritarios; 3) negociar cambios de régimen; 4) enfrentar los crímenes de los regímenes autoritarios; 5) reducir el poder de los militares y promover su profesionalización (Huntington, 1991). Para Huntington el problema del control de los procesos políticos ha sido central en todo su

trabajo, y en su examen de los patrones de transición democrática pone gran atención a los riesgos de que las cosas vayan demasiado rápido. Por ello, ha recomendado atemperar los alcances del cambio de régimen frenando la participación social (Huntington, 1997).

Con un énfasis similar al de Huntington en su enfoque de la transición como una sucesión de estados de crisis, liberalización y alternancia, el trabajo colectivo coordinado por Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter (1986) se enfocó a examinar la concurrencia de actores políticos, tanto en los bandos reformistas como en los representantes del viejo orden, interesados en lograr transiciones a sistemas electorales competitivos, por medios pacíficos y relativamente ordenados. La idea de los estudios ofrecidos en estos volúmenes era práctica. No hay un interés en el largo plazo y su enfoque se dirige a las elites políticas existentes, tanto a las reformadoras, como a las que representan el *status quo*, sin mucha consideración al problema de la inserción de nuevos grupos en el proceso de la consolidación.

El interés en el pacto inicial de la transición ocupa el centro de la atención de esta primera generación de estudios sobre la democratización. Sin embargo, esta aproximación a los pactos políticos no recibió un tratamiento teórico o formal. La meta era práctica y simple: establecer regímenes de elecciones competitivas con los menores costos políticos para los actores involucrados. El resultado de estos estudios fue que desarrollaron una mínima capacidad para prever desviaciones del ideal democrático o predecir, aun de manera general, las consecuencias de cada tipo de arreglo característico en las experiencias nacionales de transición. Es decir, estos trabajos fueron guiados por un optimismo que ocultó muchas variables y factores que concurren en la política, pero en muchos casos la decepción sucedió al optimismo, y daría paso a una visión más bien pesimista sobre la democracia realmente existente en América Latina (Karl, 1990).

Sin embargo, como Dankwart Rustow lo observó, las condiciones de la transición difieren de las de la consolidación. Una transición relativamente pacífica y ordenada del viejo orden autoritario al régimen democrático no significa que éste adquiera capacidades de desarrollo político, tales como la eficiencia, la legitimidad y la estabilidad. Así que las condiciones de la llamada consolidación requieren de un marco analítico específico. Al respecto, unos años después, Juan Linz y Alfred Stepan (1996) trataron de plantear el problema de la consolidación de las jóvenes democracias buscando las condiciones que

harían posible su supervivencia y replanteando el paradigma de la “transitología”. Para estos autores son necesarias al menos cinco grandes condiciones políticas generales para poder hablar de la existencia de un régimen democrático consolidado: 1) una sociedad civil vibrante, 2) una sociedad política autónoma, 3) el imperio de la legalidad, 4) un Estado funcional y, 5) un conjunto de reglas, instituciones y regulaciones que sustenten la actividad económica.

En especial, por sociedad política autónoma Alfred Stepan entiende la presencia fortalecida de partidos políticos, reglas electorales, liderazgos políticos, alianzas interpartidistas y legislaturas eficaces (Stepan, 2001: 89). Sin embargo, la regla fundamental es que sin un conjunto de instituciones estatales firmes no hay posibilidad de que la democracia se asegure: “*no State, no Democracy*. Elecciones libres y limpias son una condición necesaria pero no suficiente de la democracia” (Stepan, 2001: 18; Vidal de la Rosa, 1995). La construcción de los Estados nacionales y la construcción de los regímenes democráticos deben ir de la mano si los regímenes democráticos han de consolidarse. Esta identidad entre consolidación y cambio de régimen también ha sido subrayada por Lawrence Whitehead al señalar el abuso retórico de los términos “transición” y “consolidación” (Whitehead, 2001), lo cual es otro modo de decir que el modelo de democratización debe insertarse en un modelo de desarrollo nacional.

En general, los estudios sobre la transición democrática (la “transitología”, como la llama Alfred Stepan) no han logrado ofrecer una teoría sólida que establezca las relaciones causales del proceso de democratización o las condiciones que determinan la viabilidad de un proceso específico (Laitin, 2001; Whitehead, 1996, 2001). Lo que existen, en cambio, son aproximaciones parciales que señalan un conjunto de variables particulares y de condiciones específicas de la viabilidad de las nuevas democracias liberales en el mundo. Igualmente, deberían existir explicaciones a las transiciones que desembocan en retrocesos políticos (*political decay*), de forma similar a los

bicameralismo, etcétera) probablemente deben plantearse fuera del paradigma de la “transitología” y acercarse al estudio convencional de la política comparada democrática, ya que aquélla supone un estado de cosas político de excepción.

¹⁶ Lawrence Whitehead (1998) apunta que debemos incluir en este consenso también a las élites dirigentes de estos países.

procesos que planteaba la teoría de la modernización en ausencia de instituciones adecuadas.¹⁵

El examen de las condiciones sociales y culturales de la consolidación democrática también se ha replanteado, siguiendo el modelo esbozado por Seymour Martin Lipset en los cincuenta (Lipset, 1959, 1994). Las consideraciones estructurales también empiezan a ser reconsideradas. Por ejemplo, David Laitin observó recientemente que:

Las democracias liberales sobreviven en aquellos países donde las clases medias no están divididas por cuestiones religiosas, lenguaje, regionalismos, o diferencias rurales y urbanas. Unas clases medias no temerosas de los trabajadores quienes, sin muchas luchas, son incorporados en el sistema electoral. Los trabajadores ganan en dignidad lo que pierden en ingresos, y no responden a los llamados de los sindicatos radicales (Laitin, 2001: 637).

Junto al énfasis en una sociedad integrada alrededor de las clases medias, el papel de las clases trabajadoras ha sido recientemente revalorizado como un componente esencial en la formación del régimen político (Laitin, 2001; Collier, 1991), aunque muy pocas veces se discute el grado de “inclusividad” social, económica y política asociada a la vigencia, efectividad y legitimidad de las instituciones democráticas.

CONCLUSIONES

La reconstrucción de las teorías de la modernización política que he presentado puede resultar polémica al insistir en que la continuidad entre las teorías del desarrollo político y las de la democratización no consiste sólo en una serie de construcciones teóricas, cuyo origen está en las motivaciones académicas y en la búsqueda de conocimientos por sí mismos. Por el contrario, esta búsqueda ha sido motivada por la urgencia de los problemas políticos en los países en desarrollo vistos desde la perspectiva de la academia y el gobierno estadounidenses.¹⁶ Es decir, han configurado una especie de doctrina, y un catálogo de agendas del cambio político. Así que en este ensayo he tratado de mostrar la continuidad ideológica en tres momentos de la

¹⁷ También debemos apuntar que nuestra narrativa se ha limitado a delinear lo que podríamos llamar el canon de la modernización. Sin embargo, también debemos apuntar la presencia de

visión de la ciencia política estadounidense sobre la modernización de los países atrasados. Esta continuidad, de existir, no debe sorprender si observamos que con frecuencia son los mismos autores quienes han mantenido el liderazgo de las teorías del cambio político en el mundo atrasado y en desarrollo, durante cuatro décadas. Personas como Samuel Huntington, Lucien Pye o Gabriel Almond han sido los más activos constructores del canon disciplinario en los estudios de la modernización política. Ellos han compartido una visión acerca de la supremacía mundial del liberalismo estadounidense, al cual han establecido como patrón para comparar los grados de desarrollo, modernidad y democracia.¹⁷

Tampoco podrían soslayarse las diferencias entre las tres teorías que hemos abordado, las cuales son manifiestas entre la teoría del desarrollo político y la de la democratización; entre ambas existen distinciones sustantivas acerca de la forma de entender los componentes de la modernización de los sistemas políticos, y acerca de los fines del proceso político. También hay diferencias que se aprecian mejor cuando las observamos como enfoques ideológicos, es decir, si atendemos tanto a sus características teóricas como a su elaboración como discursos pragmáticos, o al decir de Robert Packenham, son doctrinas de la modernización. El elemento que nos permite hablar de su continuidad es la manera en que los valores de los trabajos académicos coincidieron con las metas de la política exterior de Estados Unidos.

Estas doctrinas han prevalecido no sólo por los méritos intrínsecos de una visión liberal del mundo, sino porque también se han impuesto, sucesivamente, como las agendas intelectuales del cambio político, acompañando y colaborando al triunfo de los Estados Unidos durante y al final de la Guerra Fría. Se han proclamado como ideologías imperialistas, y a veces como visiones compasivas acerca de las oportunidades del mundo atrasado. Así que incluir a las teorías de la transición democrática en la perspectiva general de la ciencia políti-

enfoques e investigaciones sobre la política en los países atrasados que no han compartido toda o partes de esta tradición canónica. Se puede decir que también existe una tradición "posmodernizadora", si se me permite la expresión, de la historiografía y de la ciencia política, menos preocupada por la urgencia para modernizar que por la búsqueda de alternativas al modo imperial y, sobre todo, a sus consecuencias, a veces devastadoras para las culturas y grupos nativos. Un ejemplo son los trabajos de James C. Scott (1990 y 1998).

ca sobre la modernización se justifica por las continuidades tanto analíticas e ideológicas como políticas, al menos desde el punto de vista de la diplomacia estadounidense. Sin embargo, nada más lejano a la verdad que sugerir que la ciencia política ha sido meramente una ideología (instrumental) que refleja nítidamente las políticas del Estado estadounidense. Esta apreciación sobre la relativa autonomía del discurso académico es la que le confirió a la ciencia política estadounidense de la modernización su autoridad y prestigio. No se estableció una relación de sujeción sino de consenso de valores. Nuestra tarea en este ensayo se reduce a hacer constar la presencia de un eje ideológico –el consenso liberal– en las prácticas de los científicos sociales y los politólogos, pero también es momento de recordar que la relación entre académicos y políticas gubernamentales puede abarcar un enorme número de casos y percepciones, aún cuando en la mayoría de las ocasiones los académicos hayan establecido sus agendas de investigación con independencia de las políticas estatales. En esta línea, como apuntó hace tres décadas Robert Packenham, ha existido un consenso liberal básico, compartido por varias generaciones de científicos sociales y administradores gubernamentales, funcionarios de fundaciones y administradores de los proyectos de investigación (Packenham, 1973). Este consenso radica en dos ejes. El primero es sobre la validez de la visión y de los fines que han guiado la conducta de Estados Unidos en la configuración de la modernización en los países atrasados. El segundo es acerca de que los medios empleados son igualmente válidos. El “consenso liberal” en la superioridad política (y moral) de esta visión, y en la misión tutelar, a veces francamente imperialista, de los Estados Unidos, parece arraigado en la larga historia de las teorías de la modernización política, y aun de la democratización, elaboradas por la ciencia social y, en particular, la ciencia política estadounidense.



BIBLIOGRAFÍA

Almond, Gabriel

1998 *A Discipline Divided, Schools and Sects in Political Science*, Sage Publication Inc., California.

1991 "Capitalism and Democracy", en *PS. Political Science & Politics*, Nueva York, septiembre.

Almond, Gabriel, y James S. Coleman

1960 *The Politics of New Developing Areas*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Almond, Gabriel y Sidney Verba

1963 *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Almond, Gabriel, y Bingham Powell Jr.

1966 *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Little, Brown & Co., Boston.

Barry, Brian

1974 *Los sociólogos, los economistas y la democracia*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Bill, James y Robert L. Hardgrave Jr.

1981 *Comparative Politics: The Quest for Theory*, University Press of America. Columbus.

Cavell, Colin S.

2002 *Exporting "Made in America" Democracy. The National Endowment for Democracy and the American Foreign Policy*, University Press of America, Nueva York.

Chomsky, Noam *et al.*

1998 *The Cold War and the University. Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, New Press, Nueva York.

Collier, Ruth Berins y David Collier

1991 *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, The Labor Movement and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton University Press, Princeton.

Cumming, Bruce

1997 "Boundary Displacement: Area Studies and International Studies During the Cold War", en Christopher Simpson (ed.), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*.

- Dahl, Robert A.
1971 *Polyarchy*, Yale University Press, Nueva Haven.
- Diamond, Larry Jay
1993 *Political Culture and Democracy in Developing Countries*, Reinner, Bouldner, Colorado.
- Diamond, Larry Jay, Seymour M. Lipset y Juan J. Linz
1995 *Politics in Developing Countries: Comparing Experiences with Democracy*, Reinner, Bouldner.
- Eckstein, Harry
1972a "On the Etiology of Internal Wars", en Ivo K. Feierabend y Robert Gurr (eds.), *Anger, Violence and Politics*, Prentice Hall, Nueva York.
1972b "A Theory of Stable Democracy", en Ivo K. Feierabend y Robert Gurr (eds.), *Anger, Violence and Politics*, Prentice Hall, Nueva York.
1982 "The Idea of Political Development: From Dignity to Efficacy", *World Politics*, vol. xxxiv.
1988 "A Culturalist Theory of Political Change", en *American Political Science Review*, vol. 81, núm. 3.
- Gendzier, Irene L.
1985 *Managing Political Change: Social Scientists and the Third World*, Westview Press, Boulder.
1998 "Play It Again, Sam: The Practice and Apology of Development", en C. Simpson (ed.), *Universities and Empire. Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*, The New Press, Nueva York.
- Horowitz, Irving Louis, editor
1971 *The Use and Abuse of Social Science*, Transaction, New Brunswick.
1972 *Foundations of Political Sociology*, Harpers & Row, Nueva York.
1980 *Ideología y utopía en los Estados Unidos: 1956-1976*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Huntington, Samuel
1968 *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, Nueva Haven.
1991 *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, University of Oklahoma Press, Norman, Londres.

- 1996 *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon & Schuster, Nueva York.
- 1997 "After Twenty Years: The Future of the Third Wave", *Journal of Democracy*, vol. 8, octubre.
- Huntington, Samuel y Joan Nelson
- 1976 *No Easy Choices: Political Participation in Developing Countries*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Ingelhart, Ronald
- 1997 *Modernization and Post-Modernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*, Princeton University Press, Princeton.
- Inkeles, Alex
- 1974 *Becoming Modern: Individual Change in Developing Countries*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Judd, C. M.
- 2001 "Modernity: Sociological Theories", en Neil Smelser (ed.), *International Encyclopaedia of the Social and Behavioral Sciences*, Elvetier Science Ltd., Oxford, Reino Unido.
- Karl, Terry Lynn
- 1990 "Dilemmas of the Democratization of Latinamerica," en *Comparative Politics*, vol. 23, núm. 1, octubre.
- Laitin, David D.
- 2001 "Comparative Politics: The State of the Sub-discipline," en Ira Katznelson y Helen V. Milner, *Political Science. State of the Discipline*, W.W. Norton & Co.-American Political Science Association, Nueva York.
- Lambert, R. D.
- 2001 "Area and International Studies in the United States: Institutional Arrangement", en Neil Smelser y Paul B. Baltes (eds.), *International Encyclopaedia of the Social & Behavioral Sciences*, Elsevier Science Ltd, Oxford, Gran Bretaña.
- Linz, Juan y Alfred Stepan
- 1996 *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America and Post Communist Europe*, Johns Hopkins University, Baltimore.

Lipset, Seymour Martin

1959 "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", en *American Political Science Review*, vol. 53, núm. 1, Nueva York, marzo.

1994 "The Social Prerequisites of Democracy Revisited", en *American Sociological Review*, núm. 59, Nueva York, febrero.

Merks, G.W.

2001 "Area and International Studies in the United States: Stakeholders", en Neil Smelser y Paul B. Baltes (eds.), *International Encyclopaedia of the Social & Behavioral Sciences*, Elsevier Science Ltd, Oxford, Gran Bretaña.

Migdal, Joel S.

1983 "Studying the Politics of Development and Change: The State of the Art," en Ada W. Finifter, *Political Science: The State of the Discipline*, American Political Science Association, Washington, D.C.

O'Donnell, Guillermo, Phillippe Schmitter y Lawrence Whitehead, editores.

1986 *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, 4 vols., Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Olson, Mancur

1993 "Dictatorship, Democracy and Development", en *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, marzo.

Packenham, Robert A.

1973 *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, Princeton University Press, Princeton.

Parsons, Talcott

1964 "Evolutionary Universals in Society," en *American Sociology Review*, núm. 29, junio.

Przeworski, Adam

1995 *Democracia y mercado: Reformas políticas y económicas en la Europa del Este y América Latina*, Cambridge University Press, Nueva York.

Przeworski, Adam, Michael Álvarez, José A. Cheibaub y Fernando Limongi

2000 *Democracy and Development: Political Institutions and*

- Well Being in the World 1950-1990*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Przeworski, Adam, Susan Stokes y Bernard Manin
1999 *Democracy, Accountability and Representation*, Cambridge University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Pye, Lucien
1966 *Aspects of Development*, Little and Brown, Boston.
- Pye, Lucien y Sidney Verba, editores
1965 *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, Princeton.
- Rapoport, Anatol
1968 "Introduction", en Carl von Clausewitz, *On War*, Penguin Books, Nueva York.
- Rostow, Walt W.
1960 *The Stages of Development: A Non Communist Manifesto*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Rustow, Dankwart A.
1970 "Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model", en *Comparative Politics*, vol. 2, núm. 3, abril.
- Scott, James C.
1990 *Domination and the Art of Resistance*, Yale University Press, Nueva Haven.
1998 *Seeing Like a State*, Nueva Haven, Yale University Press.
- Simpson Christopher, editor
1998 *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*, The New Press, Nueva York.
- Skocpol, Theda
1984 *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Stepan, Alfred
2001 *Arguing Comparative Politics*, Oxford University Press, Nueva York.
- Vidal de la Rosa, Godofredo
1995 "Democracia y desarrollo: La transición revisitada", en *Sociológica*, núm. 27, año 10, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México D. F.
2003 "Ideología y ciencia política estadounidense: la construc-

ción del canon conductista”, en *Sociológica*, núm. 53, año 18, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México D. F.

Wagner, P.

2001 “Modernity: The History of the Concept”, en Neil Smelser (ed.), *Encyclopaedia of the Social and Behavioral Sciences*, Elsevier Science Ltd., Oxford, Reino Unido.

Wallerstein, Immanuel

1997 “The Unintended Consequences of Cold War Area Studies”, en Noam Chomsky *et al.*, *The Cold War and the University. Toward and Intellectual History of the Postwar Years*, New Press, Nueva York.

Whitehead, Lawrence, editor

1996 *International Dimensions of Democratization*, Oxford University Press, Nueva York.

Whitehead, Lawrence

1998 “Comparative Politics: Democratization Studies”, en Robert Goodin y Hans Dieter Kliegemann, *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Oxford, Reino Unido.

2001 “Democratic Transitions”, en Joel Krieger (ed.), *The Oxford Companion to Politics of the World*, Oxford University Press, Nueva York.

Williamson, John

1993 “Democracy and the ‘Washington Consensus’”, en *World Development*, vol. 21, núm. 8.

Worcester, Kenton

2001 *Social Science Research Council 1923-1998*, www.ssrc.org, Nueva York.